

La literatura del Caribe colombiano: desfase abismal entre creación y crítica

Ariel Castillo Mier / Universidad del Atlántico

El presente número de la *Revista de Estudios Colombianos* está dedicado a la literatura del Caribe colombiano, la cual, desde el siglo XIX viene sumando aportes valiosos a las letras nacionales. Un rasgo que ha identificado el desarrollo literario de esta región (aunque no exclusivo de ella) ha sido la distancia abismal entre el discurso creativo y su recepción crítica. Si los escritores caribeños han sabido consolidar una tradición de obras de gran dignidad estética, el discurso crítico del Caribe colombiano, cuando no las ignora, no alcanza la altura de la producción imaginativa.

Aunque han existido lectores nativos con buen bagaje crítico que han sabido aproximarse con solvencia a las obras de sus paisanos, como Fernando de la Vega (1891-1952), Víctor Manuel García Herreros (1894-1950), Antonio Curcio Altamar (1920-1953), Carlos Arturo Caparros (1906-1997) y Carlos J. María (1937-1994), han sido los críticos foráneos quienes mejor han dilucidado acerca de la producción literaria de la región, en su relación con el entorno social y cultural y en su diálogo con la literatura nacional, latinoamericana y universal. Los grandes escritores del Caribe han encontrado sus más eficaces exégetas en estudiosos extranjeros: Candelario Obeso en Lawrence Prescott; Luis Carlos López en James Alstrum; José Félix Fuenmayor en John Brushwood y Kevin Guerrieri; Jorge Artel en Luisa García-Conde; Manuel Zapata Olivella en Marvin A. Lewis e Yvonne Captain-Hidalgo; Héctor Rojas Herazo en Seymour Menton y John Brushwood; el Grupo de Barranquilla en Ángel Rama y Jacques Gilard; Gabriel García Márquez en Mario Vargas Llosa; Jairo Mercado en Ernesto Volkening; Giovanni Quessep en Martha Canfield; Ramón Bacca en José Manuel Camacho; y Marvel Moreno en Jacques Gilard.

No obstante, las revistas literarias especializadas de los últimos años revelan un cambio radical en el campo académico de los estudios literarios en el que han aparecido nuevos nombres con nuevas preguntas y modos de responderlas, en trabajos de alto nivel como Cristo Figueroa, Nadia Celis y Orlando Araújo.

En las colaboraciones presentes en este número, sin que nos lo hayamos propuesto, la presencia femenina es dominante, no sólo en la reflexión, sino asimismo en los temas estudiados. La palabra de la mujer hasta hace poco ignorada por los estudiosos encuentra un ámbito de resonancia en las miradas de jóvenes investigadoras que desde diversas perspectivas abordan la producción literaria del Caribe tanto de los autores canónicos (Zapata Olivella, Rojas Herazo, García Márquez, Fanny Buitrago), como de

los menos estudiados (Hazel Robinson).

En la sección “El oficio de escritor”, el poeta, novelista y narrador samario Álvaro Miranda rememora su asombroso viaje en *Super Constellation*, de Barranquilla a Bogotá (que significó el pasaje del resplandor solar sobre el mar gritón de los caribes a la grandilocuencia silenciosa de la altura andina, cuando apenas contaba con once años), las tertulias y recitales juveniles del bachillerato junto a los poetas Luis Fayad y José Luis Díaz Granados (décadas después convertidos ambos en novelistas), las lecturas disímiles de su generación (de “El archipiélago” de Hölderlin al surrealismo europeo y latinoamericano y el Siglo de Oro y el 27 español) y los inicios de su fascinación por la palabra poética desbocada y con destino que no sólo trasciende los caprichos de la comunicación personal, sino que asimismo “tensiona todos los mundos posibles” y permite “caminar con un mundo simulado frente a las repulsiones del mundo real” y, gracias al poder de la imaginación, convertir una aventura en historia fabulada y emocionante. En su relato, la escritura del poeta Miranda al tiempo que discurre sobre ciertos sucesos significativos en su formación va tejiendo una sinfonía de sensaciones que al recrear de manera viva el ámbito luminoso del Caribe sirven como marco idóneo para los ensayos que siguen.

Luis Elías Calderón aborda la trayectoria vital, el periodismo y la ficción de Antonio Bruges Carmona, visionario y contradictorio escritor, antecedente indiscutible de la obra garciamarquiana, quien hacia 1934 comenzó a publicar una serie de artículos sobre la cultura popular del Caribe colombiano, en particular, la de la zona correspondiente al antiguo Valle de Upar, en los que se ocupa de las creencias, las costumbres, las danzas, los bailes, el folclor musical (cumbia, porro, vallenato) y los inmigrantes turcos, así como la figura insigne del acordeonero, cuyo canto anticipa varios aspectos del proyecto narrativo de García Márquez. Positivo precursor, Bruges Carmona se adelantó a discusiones hoy vigentes en los estudios culturales y las manifestaciones y valores que defendió no sólo se han extendido por todo el país, sino que también se han internacionalizado. Por su parte, María Mercedes Jaramillo aborda una faceta poco estudiada de otro pionero, Manuel Zapata Olivella: su teatro. Para la investigadora, la obra *Hotel de vagabundos* (1955), surgida de la experiencia del viaje del autor a Nueva York, donde rodeado de seres marginales, padeció la discriminación racial, la pobreza y la injusticia contra las minorías, constituye un hito en la evolución ideológica del autor, al demarcar su toma de conciencia acerca de su identidad con los descendientes de los esclavos africanos y

la decisión de asumir la rebeldía y la lucha por la igualdad en los derechos de todos los hombres.

Emiro Santos García enfoca e ilumina el hermético orbe poético de Héctor Rojas Herazo a partir de las reflexiones críticas del propio poeta sobre la obra de Luis Carlos López, Walt Whitman y César Vallejo y del diálogo intertextual que los poemas de Rojas Herazo sostienen con los de sus tres colegas y con la voz de Neruda. Santos muestra cómo la poesía de Rojas Herazo reescribe el realismo crítico y desacralizador de López, complementándole su falta de empatía y de compasión por los otros al incorporarles el vitalismo fraterno de Whitman, el signo trágico y redentor de Vallejo y la vocación nominalista de Neruda, a los cuales agrega su relectura, libre de teologías, del mito judeocristiano de la caída, en cuya agonía capta una leve luz, una desgarrada sabiduría y una ética.

Mientras que Lyda Vega se adentra en una extensa nómina de féminas de la obra narrativa de García Márquez entre 1947 y 1972, cuyas acciones enmarca en códigos de género heredados de un sistema de valores premoderno, para proponer diversas clasificaciones y abordar los significados atribuidos al cuerpo, la belleza, ciertas prendas de vestir, los peinados y el mundo interior, íntimamente asociado con la muerte y sus rituales, Mercedes Ortega analiza, en la narrativa de Marvel Moreno, la reiterada presencia de personajes femeninos transgresores de las normas sociales de género condicionantes de su identidad, feminidades excéntricas, que, en sus diversas variantes—la arpía, el ángel, la bruja, la loca, la zombi, la mujer fatal—, logran salirse de los estereotipos de la visión patriarcal y expresar una subjetividad compleja, contradictoria, llena de matices. Por su parte, Ana Mercedes Patiño lee lúcidamente las tres novelas de la sanandresana Hazel Robinson Abrahams como un solo relato, en el cual los personajes femeninos toman la palabra para contar, con base en las convenciones narrativas de las novelas sentimentales y de los relatos de viajes escritos por mujeres latinoamericanas, en el siglo XIX, historias de amor, a través de las cuales se revelan las intimidades de la comunidad isleña, el lugar que esta sociedad ocupa en el contexto político y cultural colombiano y caribeño, las relaciones entre la religión y la política y la importancia fundamental de la navegación en goletas en el devenir de las islas y del Caribe desde su poblamiento inicial hasta la llegada del avión a mediados del siglo XX. Los relatos de estas mujeres foráneas y viajeras, ávidas por conocer la historia y la política del lugar, se esfuerzan por iluminar el devenir del archipiélago y por inscribir a la mujer en el destino del archipiélago, como testigo, protagonista y narradora de eventos que allí se han dado. Sin duda, las miradas agudas de las tres investigadoras configuran un amplio panorama sobre la representación de la mujer en la narrativa del Caribe colombiano.

Mónica del Valle Idárraga ahonda en la significación de una imagen literaria presente en el cuento “Antes de la guerra”, que abre el libro *Bahía sonora* de Fanny Buitrago: la fantasmagoría de las casas vacías. Tal metáfora, recurrente también en autores nativos, pone de manifiesto el malestar de los isleños con el país que desconoce las complejidades de la isla, su historia y su idiosincrasia y, desde su constitución en “Puerto libre”, se ha dedicado al ejercicio de la violencia colonizadora que ha generado un incesante proceso de expropiación territorial, de invisibilización de su naturaleza insular y de aniquilación de un modo de vida asociado con el paisaje marino en el que son claves las relaciones comerciales, culturales y políticas con los países que la rodean y con ese mar Caribe que le proporciona el sustento. Esa situación, de por sí dramática, ahora se agrava con el recorte de sus aguas por el fallo de La Haya. La investigadora explora asimismo en el cuento de Fanny Buitrago una percepción distinta, en clave de género, al centrarse en la memoria de un niño, lo cual contrasta con el lugar común que asocia la situación colonial con la mujer y la actitud sexista (androcéntrica) de los intelectuales isleños.

Por último, el cierre, con broche de oro, de la revista, está a cargo de “la más prolífica, versátil y controversial de las escritoras del Caribe colombiano. Fanny Buitrago”, autora ajena a las galerías y a la autopromoción, quien generosamente le concedió una amplia entrevista a Nadia Celis, en la que habla de su eterno amor por contar historias y su fascinación con el sonido de las palabras desde la infancia, de los comienzos de su vocación, de sus influencias, del origen de algunas de sus novelas más recientes y de sus obsesiones más persistentes, del paso de los relatos oídos a la escritura, esa segunda vida mental, de los proyectos, del conservatismo del Caribe, de las historias detrás de sus historias, la génesis de *Señora de la miel*, de Colombia como tierra de efímeras modelos y presentadoras de televisión, de la cultura desechable permeada por el narcotráfico, de la esclavitud del consumo, del pensamiento como resistencia y la deliberada infantilización del mundo y de la violencia como tema endémico de la vida y las letras nacionales, entre otros temas.

Durante la edición de este número se dio la dolorosa noticia de la muerte del más grande escritor caribeño colombiano de todos los tiempos: Gabriel Gabriel Márquez. Como un homenaje a su memoria registramos aquí la colaboración de uno de los más insignes estudiosos de la obra del Nobel, Michael Palencia-Roth.